

acostumbrar ellas á inspirarse en las pasiones que en su entendimiento hacen de ordinario las veces de la razón, mientras que la razón, por el contrario, es el único y verdadero motivo que debe inspirar los pensamientos y las obras de los que cuidan de los intereses públicos. Por grande que sea el dominio de sí propio que tenga un ministro, es imposible que pueda atender á su cargo con la aplicación debida si no se halla enteramente libre de semejantes obsesiones. Con ellas podrá quizás no faltar á su deber, pero obrará con mucho mayor acierto si las descarta.

RICHELIEU.

Será el gobierno público ordenado,
si pocos mandan y obedecen muchos.
El daño de las leyes, corrompidas
con tantas glosas, turba el buen gobierno.

SETANTI.

Cuando los deberes y los derechos están en la punta de la espada, el fuerte escribe las leyes con sangre y pretende el sacrificio de la virtud.

FÓSCOLO.

El deber de los gobiernos, al mismo tiempo que reprimen los excesos de la muchedumbre, consiste en calmar sus pasiones, disipar sus prejuicios y hacerle oír la voz de la razón y de la verdad.

THIERS.

Las mayorías nunca tienen razón.

IBSEN.

Los gobiernos más partidarios de la libertad y los más apegados al absolutismo son aquellos bajo los cuales la religión se hace más necesaria á los hombres. Porque, en el primer caso, hay un exceso de vida, un desbordamiento de la voluntad, que podrían ser principio de peligro y de desorden, si una ley interior y represiva no regulara las acciones. Y en el segundo caso, bajo un gobierno que comprende todos los males de la existencia social, nunca son excesivas para hacernos soportar pacientemente la humillación y la desgracia, ni todas las esperanzas de la gloria, ni todas las consolaciones de la tierra.

MADAMA SWETCHINE.

No espere fe quien á la suya falta,
ni leyes dar quien huella la justicia,
ni vence aquel que al indefenso asalta,
ni sirve al pueblo quien sus almas vicia.

J. M.^a MAURI.

Una Constitución no es más que un instrumento en manos de una nación. Si Francia es republicana, esta Constitución nos dará la República; si Francia no quiere la República, la mejor de las Constituciones no se la hará aceptar.

LABOULAYE.

El único objeto del gobierno ha de ser la mayor felicidad posible de la comunidad.

BENTHAM.

Los gobiernos que quieren mantenerse incorruptos han de procurar más que nada mantener incorruptas las ceremonias de la religión y venerarlas constantemente.

MAQUIAVELO.

No hay en el mundo más que la religión y que el patriotismo que puedan hacer caminar por mucho tiempo hacia un mismo fin á la mayoría de los ciudadanos.

DE TOCQUEVILLE.

Los más leves abusos en materia de hacienda abren la puerta á las más grandes prevaricaciones.

MARLY.

Sucede con las alianzas lo que con las mujeres: las mejores son aquellas de las cuales no se habla.

DE BULOW.

He podido gobernar con la corriente de los acontecimientos, pero no he podido dirigirla.

BISMARCK.

Para conducir el carro del Estado no es necesario haber sufrido ningún examen; en cambio, se necesita una autorización para guiar un coche de punto.

GUY TOMEL.

Los militares cuentan demasiado con la fuerza y los políticos cuentan demasiado con la habilidad.

TOURNIER.

POLÍTICA

Sobre las piedras de las leyes, no de la voluntad, se funda la verdadera política.

SAAVEDRA FAJARDO.

El político recto nada se arriesga en el camino y tiene poco que temer en el término.

FEIJOO.

Las pomposas palabras y los recónditos misterios de la política son como los prestigios de la fantasmagoría, que sólo engañan á los espectadores candorosos. Puede aplicarse á muchos hombres políticos lo que Catón decía de los augures romanos: No pueden mirarse sin reírse.

L. A. DE CUETO.

Las convicciones políticas son como la virginidad: una vez perdidas, no vuelven á recobrase.

PI Y MARGALL.

¿Quién será capaz de distinguir, cuando nadie falta al culto exterior, que la fe, la fe política, la adhesión y hasta el aprecio han huido de todos los corazones?

OLÓZAGA.

En ninguna ciencia, en ninguna, la práctica da un mentís tan doloroso á la teoría como en la ciencia política. Desde luego es un arte y una ciencia al mismo

tiempo la política; y si como ciencia mira al ideal, como arte mira á la realidad y á la práctica. Y aun admitiendo que sea ciencia, no es del rigor lógico de las matemáticas, ni de la clasificación y de la serie que las ciencias naturales, ni de la riqueza de observaciones y experiencias con que cuentan las ciencias físicas y cosmológicas. La libertad humana en realidad no tiene leyes tan seguras ni de tan fácil cumplimiento como la fatalidad mecánica ú orgánica. Por consiguiente, la ciencia política, que al fin y al cabo es la ciencia de la humana libertad, no puede tener ni axiomas tan claros ni teoremas tan perfectamente encadenados como las ciencias fisico-matemáticas. Hay que contar, como en las ciencias metafísicas, con el ideal; como en las ciencias físicas, con la observación; como en las ciencias exactas, con el cálculo; como en la resolución de todos los problemas teóricos aplicados á la práctica, con lo posible y con lo oportuno; como en la síntesis cosmológica, con lo más elevado, cual es la religión, y con lo más tangible, cual es el territorio y el clima; con la ciencia en sí, con su absolutismo, y con la historia y sus hechos relativos y sus accidentes continuos. Por consiguiente, entran tantos factores en sus problemas y resultan estar así tan complicados, que pecaría de insensato el hombre empeñado en resolverla por sí solo, y con sus solas fuerzas, porque, obra eminentemente social, corresponde á las sociedades humanas. Así, pues, para una grande obra política debe contarse por lo menos con una generación, cuando no con dos ó con tres, que la continúan, ó por lo menos la desarrollan, y sacan y aplican sus últimas consecuencias. CASTELAR.

La sana política enseña que vale más ganar á los hombres con la buena fe, que dominarlos con las armas.

La política sólo es digna de alabanza cuando es empleada por la justicia para obtener un fin honesto y laudable. DACIER.

A la impetuosa política un soplo la agita y la pone en convulsión. SERVÁN.

En todos los países la multitud es esclava de los partidos políticos. IBSEN.

En política todo lo que es inútil es vicioso. GANILH.

La experiencia ha demostrado que las verdades políticas no son de utilidad práctica en todos los momentos. TALLEYRAND.

Los políticos y los guerreros no son más que los agentes de la Providencia. FEDERICO II DE PRUSIA.

La política no exige más que mucha rectitud y buen sentido. MADAMA POMPADOUR.

Cuando alguien os asegura que no pertenece á ningún partido, tened la seguridad de que no pertenece al vuestro.

Cuando el espíritu de partido, con sus exageraciones apasionadas, se impone á una inteligencia mediana, acaba por matarla. No tenía luz y pierde la libertad;

por consiguiente, se ve obligada á reconcentrarse en sí misma, describiendo círculos cada vez más estrechos. MADAMA SWETCHINE.

El verdadero fin de la política es hacer cómoda la existencia y felices á los pueblos. BOSSUET.

Todos los partidos tienen sus impacientes, que quieren llegar antes de que el tren se ponga en marcha. HARDUIN.

La política de un gran pueblo debe ser clara y decisiva, y el partido que no sabe triunfar más que con equívocos es asaz impotente. NAPOLEÓN III.

Nada es tan nocivo á los pueblos como que queden satisfechos de solas palabras y apariencias. GUIZOT.

La probidad es siempre la mejor política: es esta una máxima que tengo por igualmente aplicable á los negocios de las naciones y á los de los individuos. WASHINGTON.

En política, como en medicina, los buenos remedios son asaz comunes: el arte consiste en saberlos dosificar convenientemente y administrar con oportunidad. GUICCIARDINI.

El mejor partido político es el que acuerda los principios con la mayor necesidad del momento. MONTANELLI.

Una imprudencia en política es siempre causa de más ó menos graves desconciertos y desdichas: por esto es regla segura de prudencia no dar nunca paso alguno precipitado. ZOBEL.

La política es el arte de disfrazar de interés general el interés particular. THIANDIERE.

En estos tiempos en que no hacemos más que cambiar de abismos, toda mi política consiste en engancharme delante en las subidas y detrás en las bajadas. VÍCTOR HUGO.

La política ha llegado á ser el arte subalterno de jugar con ideas ó con palabras como el titiritero juega con cuchillos ó con bolas. J. DELAFOSSE.

Pueden admitirse en el Estado los partidos, pero conviene rechazar el espíritu de partido, contrario del espíritu público. Este engendra la unión y la concordia; aquél el odio y la discordia, y la discordia atrae el despotismo. J. BARNI.

El ejercicio de los derechos políticos debe siempre tener por fin no el interés y el bien particular de cada ciudadano, no el interés y el bien particular de una clase ó de un partido, sino el interés y el bien general del Estado. A. FRANCK.

REY

El rey justo hace felices sus Estados.

El corazón del rey está en la mano de Dios, como el agua que se reparte desde un depósito: él le inclinará hacia cualquier parte que le pluguiere.

Libro de los Proverbios.

El rey imprudente será la ruina de su pueblo.

El juez ó rey sabio hará justicia á su pueblo, y será estable el principado del varón sensato.

Desdichada la tierra donde reina rey niño.

Eclesiástico.

No desdice de la ley

que en el gobierno se emplea,
antes la adorna, que sea,
señor, religioso un rey.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

Los vasallos quieren

rey nativo, no supuesto,
y siempre les es odioso
legislador forastero.

RUIZ DE ALARCÓN.

El rey ha de ser como águila, que ha de tener cuerpos muertos alrededor, y no ha de ser cuerpo muerto que tenga alrededor águilas.

Proverbio árabe.

El mejor y el más grande príncipe es aquel bajo cuyo dominio la tierra es más fértil.

ZOROASTRO.

Es mucho más honroso para un príncipe ser tenido en la posteridad por bueno que por dichoso.

PLINIO.

El rey que agravios perdona

hechos á la majestad,
se agravia á sí, porque consta
así de justicia el cetro

como de misericordia;

y estas han de ser iguales:
que una falta, si otra sobra.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

Si los monarcas, que están en la mayor altura y encima de todos, no son como el fieltro, que defiende de las inclemencias del tiempo al que le lleva encima, son como las inclemencias, diluvios y piedra sobre las espigas que cogen debajo.

SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Los príncipes que siguen constantes el camino llano y seguro de la religión, la justicia y demás virtudes morales, pronta y expeditamente, sin el auxilio de una política estudiada, dan vado á todos los negocios ocurientes. Son estas unas almas sanas y robustas, que no han menester las artes civiles, así como los cuerpos bien complexionados no necesitan de medicinas.

BACÓN.

Un solo adulador basta no sólo á destruir una república, empero todo un reino. ¡Dichoso rey, venturoso príncipe aquel á quien sirven con amor, y se deja

tratar de su pueblo, que sólo él sabrá verdades con que podrá remediar males y carecer de aduladores!

ALEMÁN.

E aun deben (los reyes) honrar e amar á los maestros de los grandes saberes... por cuyo consejo se mantienen e se enderezan muchas vegadas los reinos.

ALFONSO X EL SABIO.

Muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya. Esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables.

PADRE MARIANA.

Del rey, del sol y del fuego,
lejos; que de cerca, quema

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

La benignidad es aquella que sublima y ennoblece al príncipe, oyendo al pobre como al rico; y poniendo los ojos en sus vasallos y propios siervos, ha de entender la falta que hay en ellos, y entonces remediarla. Porque aquel que de esto huye, más es señor para sí que para otros, y sus riquezas no se pueden llamar bienes prósperos.

CONTRERAS.

No hay antorcha que más descubra las obras de los sucesores, que la gloria de los antepasados.

FRAY JUAN MÁRQUEZ.

La grandeza del rey algún tanto resplandece más en ser misericordioso que justiciero.

CERVANTES.

Si es la corona tan pesada carga,
que al fin la llama la romana historia
un muro en la cabeza, no está el muro
en la de un niño rey firme y seguro.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

No sólo en los sumos y perfectos príncipes se ha de buscar el arte de la guerra, sino otras muchas virtudes, como son la templanza, la inocencia, la fe y la felicidad del ingenio, con la blandura y humildad decente; no siendo tanta que llegue al menosprecio, como Plutarco dice.

LOPE DE VEGA.

Ninguna cosa más propia del oficio de rey que hablar poco y oír mucho.

En lo que se escribe á los príncipes ni ha de haber cláusula ociosa ni palabra sobrada. En ellos es preciso el tiempo, y peca contra el público bien el que vanamente los entretiene.

Por esto las abejas eligen un rey sin aguijón, porque no ha menester armas quien ha de ser amado de sus vasallos.

Casi es tan imposible criarse bueno un príncipe en un palacio malo, como tirar una línea derecha por una regla torcida.

Los príncipes no tienen otros superiores sino á Dios y á la fama, que los obli-

ga á obrar bien por temor á la pena y á la infamia; y así, más temen á los historiadores que á sus enemigos, más á la pluma que al acero.

SAAVEDRA FAJARDO.

No está más seguro el príncipe que más puede, sino el que con más razón puede; ni es menos soberano el que conserva á sus vasallos los fueros y privilegios que justamente poseen. Gran prudencia es dejárselos gozar libremente; porque nunca parece que disminuyen la autoridad del príncipe sino cuando se resiente de ellos é intenta quitarlos.

SAAVEDRA FAJARDO.

Los príncipes prudentes no deben pretender en la república cosa alguna de que los vasallos no sean capaces. No se puede hacer fuerza á los corazones como á los cuerpos; y los imperios y mandos se conservan y caen conforme á la opinión de la muchedumbre, y conforme á la fama que corre.

PADRE MARIANA.

Blasón de un rey es el dar;•
pero más lo es el dar bien.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

Los insignes y valerosos príncipes nacen cuando mueren, y los que les suceden están por nacer hasta que los imitan.

RUFO.

La bondad en los príncipes, si no se ejercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno; que las virtudes que están ahogadas de la omisión ó pereza, son como prisioneras del vicio, y antes son dignas de lástima que de loa.

MELO.

Es el valor
la más gloriosa, más noble
prenda en un príncipe, pues
á él sólo le reconocen
vasallajes las provincias,
los imperios sujeciones.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

No sabe reinar quien no sabe disimular; pero menos sabe reinar quien sabe fingir. Disimular sus designios, encubrir sus secretos, no manifestar sus intenciones, es prudencia; el fingir es mengua del poder, mancha de la grandeza y argumento de cobardía.

PADRE NIEREMBERG.

Quien divierte al rey, le depone, no le sirve.

Ha de ser sensitiva la majestad aun en los vestidos.

El crédito de los reyes está en la justificación de los que le sirven; y la perdición, en el sustentamiento de los que le desacreditan y difaman.

Rey que pelea y trabaja delante de los suyos, obligalos á ser valientes; el que los ve pelear, los multiplica, y de uno hace dos. Quien los manda pelear y no

los ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer: fia toda su honra á la fortuna: no se puede quejar sino de sí solo.

Miren los reyes á todos las manos, y verán si se sustentan con las suyas, ó con las de los otros; y también conocerán si entran por la ventana ó por la puerta; pues los que entran por la puerta entran andando, y los que entran por otra parte, suben arañando, y sus manos son sus pies, y las manos ajenas sus manos.

El rey ha de velar para que duerman todos, y ha de ser centinela del sueño de los que le obedecen.

Reinar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas á los lobos; y el ministro que guarda el sueño á su rey, le entierra, no le sirve; le infama, no le descansa; guárdale el sueño, y piérdele la conciencia y la honra: y estas dos cosas traen apresurada su penitencia en la ruina y desolación de los reinos. Rey que duerme, gobierna entre sueños; y cuando mejor le va, sueña que gobierna.

Obedecer deben los reyes á las obligaciones de su oficio, á la razón, á las leyes, á los consejos; y han de ser inobedientes á la maña, á la ambición, á la ira y á los vicios.

Los palacios para el príncipe ocioso son sepulcros de una vida muerta, y para el que atiende son patíbulo de una muerte viva.

Ni buen rey debe permitir que sus estados se gasten en hartar parentelas.

El reinar no es entretenimiento, sino tarea; mal rey el que goza sus estados, y bueno el que los sirve.

El rey ha de mirar más por los otros que por sí.

Las coronas de los reyes parecen de oro, y son de abrojos. QUEVEDO.

En las fatigas de los reyes justos
ignóranse los nombres de los gustos.

ULLOA Y PEREYRA.

Sólo aquel rey es dichoso que, obligando á sus vasallos con amor, es amado de ellos como el propio corazón, de quien reciben la vida y conservación.

FERNÁNDEZ NAVARRETE.

Si vemos que las leyes de Esparta y otras no señalaron pena al parricidio, por hallarse aquellos antiguos legisladores incapaces de dársela condigna á tan atroz delito, ¿qué será cuando la vida que se quita no es al propio padre, sino al que lo es de tantos; no á un hombre ordinario, sino al ungido de Dios y al escogido entre todos para el gobierno de los demás?

Hasta los reyes suelen hacer de la necesidad virtud, y disimular muchas cosas cuando no pueden castigarlas sin peligro, pues no conserva menos el príncipe su autoridad dejando de mandar lo que ve que no se ha de obedecer, que siendo obedecido en lo que manda; y es sin duda mejor consejo dejar de enmendar algunas cosas, que, intentándolo, mostrar que no se puede.

COLOMA.

El reinar, tanto tiene de peso como de grandeza, y el trono real no es asiento de descanso, ni de retiro, sino de solicitud para el bien común de todos.

El príncipe, no sólo como particular, sino también en su puesto real, obser-

ve la ley de Dios, pues á esta rectitud en la vida de un rey van vinculados los aciertos en su corona.

SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA.

El rey que no solicita saber la verdad, olvida la justicia, ama la confusión, y con estas omisiones apresura la ruina de sus reinos.

El mayor señorío de los reyes es saber verdades; porque de la ejecución de ellas depende la mayor felicidad de sus monarquías.

Por la verdad del rey se regulan las verdades de sus ministros y vasallos.

BOXADÓS Y DE LLULL.

Debe de ser sin duda
el mayor, el más supremo
y el más noble patrimonio
de los reyes, el afecto.

¡Felice, y más que felice,
el que amado de su pueblo,
día que en público sale,
ve á sus vasallos contentos!

CALDERÓN.

Rige
mejor el cetro la sombra
de un varón que una mujer.

RUIZ DE ALARCÓN.

La sabiduría es la prenda más principal, como raíz y fuente de donde emanan todas las otras, y más en un príncipe, que tanto la necesita para la dirección del gobierno, pues pudiera muy bien la república sufrir que el príncipe no fuera liberal, no fuera piadoso, no fuera fuerte, no fuera noble; y sólo no se puede suplir que no sea sabio, porque la sabiduría, y no el oro, es quien corona á los príncipes.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

La razón por que manda el ministro á sus inferiores es que así lo manda el príncipe; la razón por que manda el príncipe debe ser únicamente que así se lo manda Dios; pues aun con más rigor es ministro de Dios que sus subalternos lo son de él.

FEIJOO.

¡Oh príncipes! Vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligación.

JOVELLANOS.

La vil adulación y el perverso sistema de las cortes ha hecho de nuestros reyes otros tantos simulacros, que ni ven, ni oyen, ni palpan, ni se mueven. Un padre que no se trata con sus hijos, un pastor que no conoce su rebaño, un defensor que no sabe á quién ni de quién ha de defender, un capitán general á quien sus soldados no ven. Encerrado en el recinto de su palacio, ni sabe ni entiende más que lo que le quieren decir. El vasallo que quiere hablarle es necesario que lo haga por el mismo método que los que iban á consultar los oráculos de los gentiles, á saber, diciéndolo al sacerdote del templo y recibiendo por el sacerdote la respuesta. Mas si al fin fuese el pueblo el que para este templo nombrase los sacerdotes, podría en algún modo consolarse; pero ello no es así. Los

sacerdotes del templo de nuestros reyes se ingieren por sí mismos, sugiriéndoles la ambición los modos de ingerirse, ó son introducidos por otros, facilitándoles la adulación el camino de introducirse. Entre tanto la divinidad se está en su nicho recibiendo inciensos, y no más.

FRAY FRANCISCO ALVARADO.

Los príncipes en la tierra son ministros de Dios é imagen y simulacro de su poder: de manera que si el que hiere con la mano ó ultraja de palabra una imagen de Cristo ó de algún santo es digno de severo castigo, merecedor también de castigo debe reputarse si se atreve á armar su lengua con el veneno ó su mano con el acero contra los príncipes que son la imagen de Dios y á los cuales ha constituido El en la tierra para que sean reverentemente obedecidos y respetados.

TASSO.

Escucha, ¡oh rey!, mi aviso:
jamás flaco y cobarde
te entregues con molice al abandono;
el Dios supremo quiso
que el fuego que en Él arde
incólume mantengas en el trono.
Vive libre de encono;

sé firme en justa guerra:
los placeres destierra:
tus consejos preside:
con trabajo y labor el hambre impide;
y sufre con paciencia,
en unión de tu grey, la pestilencia.

J. J. PESADO.

Los oídos y las puertas
ha de tener siempre abiertas
un rey que justicia guarda.

RUIZ DE ALARCÓN.

Los guardias que están á la entrada de los palacios de los príncipes no sirven precisamente para impedir que se haga mal á la augusta persona, sino más bien para rechazar á los que quieren decirles la verdad y advertirles que no son infalibles.

NICOLE.

Nuestros príncipes cristianos en sus conquistas aman igualmente á las ciudades subyugadas, y les dejan sus artes y casi todos sus antiguos empleados, á diferencia de los bárbaros príncipes orientales, destructores de los países y disipadores de todas las civilidades de los hombres.

MAQUIAVELO.

La ocupación de un rey debe ser pensar, formar grandes proyectos y elegir sujetos aptos que los ejecuten bajo su dirección.

¡Cuán engañosa es la autoridad real! Cuando se la mira desde lejos, no se ve sino grandeza, esplendor y delicias; pero, vista de cerca, toda es espinas. Un particular puede, sin deshonor, pasar una vida dulce y obscura; mas un rey no puede, sin deshonorarse, preterir una vida dulce y ociosa á las penosas funciones del gobierno. No le es permitido nunca vivir para sí, sino que se debe todo á aquellos á quienes gobierna.

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz ó en la guerra, y no es capaz de dirigir á su pueblo en estos dos estados, no es más que rey á medias. Mas si comparás á un rey que no sabe más que hacer la guerra, con otro sabio que, sin sa-

ber de la guerra, es capaz de sostenerla en una urgencia por medio de sus generales, yo hallo éste preferible al primero.

El soberano, que es el padre de todo su pueblo, lo es aún más particularmente de toda la juventud, que es la flor de la nación. En la flor es cuando deben prepararse los frutos. No debe, pues, el soberano desdenarse de velar y hacer que se vele sobre la educación que se dé á los jóvenes.

FENELÓN.

Es vergüenza para un soberano equivocarse con frecuencia en sus elecciones; pero es vergüenza para una nación el que su príncipe se equivoque siempre.

MADAMA SWETCHINE.

Mira, Tarquino,
que siempre asiste al príncipe divino
espíritu, que al cielo le levanta.
Aspira, aspira á distinguirse heroico
de la plebe común, baja é infame:

ella de sus pasiones arrastrada,
sin ser á resistirlas poderosa,
precipitar se deja en ciego abismo:
no ha de pasarle al príncipe lo mismo
que á un hombre vil del abatido vulgo.

N. F. MORATÍN.

Un rey...
es la vida de la ley
y el alma de la justicia.

RUIZ DE ALARCÓN.

Las casas reales son semejantes á esas higueras indicas, cada una de cuyas ramas, en combándose hacia el suelo, arraiga y se convierte en higuera. Cada rama puede llegar á ser una dinastía con sólo que se abaje hasta el pueblo.

Dios arroja los años sobre los tronos como nosotros echamos las paladas de tierra sobre las tumbas.

VÍCTOR HUGO.

Para mí, las palabras «por la gracia de Dios,» que los soberanos cristianos añaden á sus títulos, no son palabras vanas; en ellas descubro el reconocimiento de este principio: que los príncipes están llamados á usar, conforme á la voluntad de Dios, los cetros y las coronas que les confía la divinidad.

BISMARCK.

Cual el rey, tal la grey.
Do quieren reyes, allá van leyes.
Donde está el rey, está la corte.
Á rey muerto, rey puesto.—*Refranes.*

PRIVADOS, MINISTROS, GOBERNANTES

Espíritu de mentira en la boca del consejero, ruina del rey y del reino.

Libro de los Reyes.

El ministro entendido se gana la voluntad del rey; mas el inepto incurrirá en su enojo.

Libro de los Proverbios.

Para conocer el príncipe si los consejeros le aconsejan fielmente, finja pedirles consejo en cosas que son contrarias al bien público, diciéndoles que, aunque sean tales, todavía importan al real servicio por ciertos designios, como sería romper leyes importantes, privilegios grandes, poner tributos excesivos y otras semejantes, y de la respuesta que los consejeros le dieran puede en alguna manera colegir qué tal es su amor para con la república.

ERASMO.

Yo sé
que no se desvaneció
por la privanza; que en suma
sabe que el rey es un mar
donde el privado es la espuma,
y algún viento ha de llegar
que la deshaga y consuma.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

No aconsejes á los príncipes lo que les agrade, sino lo que les sea útil.

SOLÓN.

El que compra un empleo, venderá al por menor lo que ha comprado al por mayor.

EMPERADOR SEVERO.

Porque es flaca de memoria
de ordinario la privanza.

CALDERÓN.

¿Quién vive hoy que, haciendo robos,
no diga que son arbitrios?

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

El que comienza á privar,
juega á salga la partida.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

Rey que elige ministro, si sale ruin y le depone, hizo ministro que en la ocasión se hizo ruin; y si le sustenta después de advertido de sus demasías y desacreditado el tribunal, ese no hizo ministro que se hizo malo; antes al malo, porque lo era, le hizo ministro; y así lo confiesa en sus acciones.

Rey que con el favor diferencia en público uno de todos, para si ocasiona desprecio, para el privado odio, y en todos envidia.

De ninguna manera conviene que el rey yerre; mas si ha de errar, menos escándalo hace que yerre por su parecer que por el de otro.

Los necesitados no han de buscar al rey ni á los ministros: esa diligencia su necesidad la ha de tener hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino: ese es su oficio; y consolarlos y socorrerlos, su premio.

Quien solicita y pretende el cargo, le engaita, ó le compra ó le arrebató; quien se contenta con hacerse por la virtud digno de él, le merece.

Rey que disimula delitos en sus ministros, hácese partícipe de ellos, y la culpa ajena la hace propia.

QUEVEDO.

No es lícito á la dignidad del rey andar de casa en casa de ministros y emplea-